

contrarás cerrada. Cuando atrapamos á alguno, le guardamos aquí, mal que le pese, y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto, al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones, los cuales se levantaron y vistieron á toda priesa, creyendo que la Santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demas, que en un instante se pusieron en pié. Toman las espadas y carabinas, y medio desnudos acuden á donde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el origen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas.—¿Cómo así, Gil Blas? me dijo el ladron apóstata, ¿no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harías si fueses cartujo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus cuartos; el viejo negro muy ufano de su hazaña se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.



CAPÍTULO VII.

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.



OS primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me consumía; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforzéme á mostrarme menos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el pájaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Manifestábame muy alegre cuando les echaba de beber, y de cuando en cuando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos.—Gil Blas, me dijo el capitán en cierta ocasion en que yo hacia el gracioso, has hecho bien en desterrar la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio: yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, eshortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo; y aprovechándome de tan buena ocasion:—Señores, les dije, permítanme ustedes que les descubra mi pecho. Desde que estoy en su compañía, no me conozco á mí mismo; pareceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado su espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas proezas. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dejarían servir por algun tiempo,

para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorifica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme y en ejercer mi oficio de copero. A la verdad quedé muy sentido; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en alguna de sus correrías se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenía vivo. Sin embargo, el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orfeos para encantar á aquel Cervero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor cautela, porque el negro era ladino, y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Así pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescrito para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia, como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dijo á sus camaradas:—Caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendremos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guía á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su capitán; y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que antes tenia, y de que la habian esconerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo cual me dispuse á hacer mi primera campaña.





CAPÍTULO VIII.

Acompaña Gil Blas á los ladrones; qué empresa acomete en los caminos reales.



HACIA el fin de una noche de Septiembre salí del soterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian quitado al caballero cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la oscuridad, cuando amaneció no podia sufrir la luz, pero poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, cuando descubrimos un religioso de la órden de Santo Domingo montado, contra la costumbre de estos buenos padres, en una muy mala mula.—¡Bendito sea Dios! exclamó sonriéndose el capitan: he aquí el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á registrar el bolsillo de aquel fraile: veremos cómo se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente en que aquella comision era la que me correspondia, echortándome á que saliese de ella con lucimiento.—Espero, señores, dije, que quedareis contentos. Voy á despojar á aquel padre, á dejarle tan desnudo como la palma de la mano, y traer aquí su mula.—Eso no, dijo Rolando, no merece la pena: alíviale solamente del bolsillo y traelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y me encaminé al religioso, pidiendo al cielo me perdonase la accion que iba á ejecutar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me

atraparian ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus carabinas con la que me hubiera ido muy mal; y así no me atreví á esponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al padre, y pedile la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Paróse un poco á mirarme, y sin mostrarse muy sobresaltado:—Muy mozo eres, hijo mio, me dijo, y muy temprano te has puesto á tan vil oficio.—Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrara haberle empezado mas presto.—¡Ah querido! me replicó el buen religioso, que no podia comprender el sentido de mis palabras, ¿qué es lo que dices? ¡Oh, qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas.—¡Oh, padre mio! le interrumpí con precipitacion, no se tome vuesa reverencia ese trabajo, y déjese de moralizar, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero y no sermones.—¡Dinero! me dijo, muy maravillado. Mal conoces la caridad de los Españoles, si crees que las personas de mi profesion y de mi carácter lo necesitan para viajar: en todas partes nos reciben y hospedan con agrado, nos tratan muy bien, y cuando partimos, solo nos piden nuestras oraciones: en fin, nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos ponemos enteramente en manos de la Providencia.—Pero al fin, padre mio concluyamos, mis compañeros me están esperando en aquel bosque; eche prontamente la bolsa en tierra, ó si no le mato.

A estas palabras, que pronuncié colérico y amenazándole, el buen religioso mostró verse quitar la vida.—Espera, me dijo, voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa; veo que con vosotros es ociosa toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debajo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dejó caer en el suelo. Díjele entonces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió cuatro espolazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia de ser tan buena maula como la de mi tio; y la bestia dándose por entendida del caritativo aviso, comenzó desde luego á andar á buen paso. Apenas el fraile se alejó de mí, cuando me apée, recogí el bolsón, que pesaba mucho, y volví á meterme en el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme segun se apresuraban á abrazarme.—Ánimo, Gil Blas, me dijo Rolando, has hecho maravillas. Durante tu expedicion no apartamos los ojos de tí; observé tu firmeza, tu resolucion, y todos tus movimientos; y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heróico ladron, y el terror de los caminos reales. El teniente y los demas aplaudieron la prediccion, asegurando que no podia dejar de verificarse algun dia. Dí á todos las gracias por el buen

concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo.

Despues que alabaron, tanto mas quanto menos lo merecia, la villana accion que habia hecho, les entró la curiosidad de ecsaminar la presa.—Veamos, dijeron, qué contiene la bolsa del religioso.—Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatóla el capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con agnus Dei, y algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva, todos prorumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron reventar de risa.—A la verdad, exclamó el teniente, que todos debemos estar muy agradecidos al señor Gil Blas: el primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada siguieron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata, se divirtieron con mil impías truhanerías sobre la materia, profiriendo dichos que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitan me dijo:—Aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con frailes, porque son mas agudos y chuscos que tí.





CAPÍTULO IX.

Del serio lance que siguió á la aventura del fraile.



STUVIMOS en el bosque la mayor parte de aquel dia sin haber visto pasagero alguno que enmendase el chasco que nos habia dado el religioso. Salimos en fin para restituirnos á nuestro soterráneo, persuadidos de que las expediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavia daba materia á la conversacion y á las chufletas, cuando descubrimos á lo lejos un coche tirado de cuatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian venir bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para tratar de lo que se habia de hacer; y la resolucion fué que se les atacase. Pusímonos todos en órden, segun la disposicion del capitan, y marchamos en órden de batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en el bosque, se apoderó de mí un temblor universal, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del capitan y del teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí: me miró con ojos torvos, y con voz bronca me dijo:—Oye, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que, si te acobardas, te levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido de que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso: y así solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entre tanto el coche y los caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veian, se pararon á ti-



ro de fusil. Todos traian armas; y mientras se preparaban á recibirnos, salió del coche un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano, que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los demas. Aunque eran solo cuatro contra nueve, se arrojaron á nosotros con un brio que aumentó mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos, y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veia; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectáculo que verdaderamente me sacó fuera de mí. Lo único que puedo decir es que, despues de un gran ruido de mosquetazos y carabinazos, oí gritar á mis camaradas:— *Victoria! victoria!* Al oír esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y ví tendidos en el campo los cadáveres de los cuatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por su apostasia y sus malas chanzas sobre los escapularios y medallas. El teniente fué herido en un brazo, pero muy levemente, pues el tiro apenas hizo mas que rozarle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, y vió dentro una dama de veinte y cuatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aun no habia vuelto en sí: miéntras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa: lo primero que hicimos fué apoderarnos de los caballos que habian servido á los muertos, y que espantados con los tiros se habian descarriado despues de quedar sin guías. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pié á tierra para quitarles los tirantes, y las cargamos con los cofres que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la señora por órden del capitan, la cual aun no habia recobrado los sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dejando en el camino el coche, y á los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la señora, las mulas, los caballos y preseas.